

Andréi Platónov

Dzhan

TRADUCCIÓN ÍNTEGRA Y
ACTUALIZADA DE AMAYA LACASA

COTEJO, REVISIÓN Y NOTAS
DE TANIA MIKHELSON

FULGENCIO PIMENTEL
La principal

Dzban: alma que busca la felicidad. Creencia popular turcomana (N. del A.).

Se trata de una de las abundantes expresiones persas adoptadas por las lenguas túrquicas de Asia Central. No es posible saber si Platónov quiso que su explicación fuera un subtítulo o una nota al pie en la primera página. (N. del E.).

I.

En el patio del Instituto de Economía de Moscú apareció un joven no ruso, Nazar Chagatáyev. Miró con sorpresa a su alrededor y volvió en sí después del largo tiempo pasado. Había estado recorriendo este patio durante varios años; en él había pasado su primera juventud; pero no sentía lástima porque hubiera terminado, había subido muy alto, a la cima de su inteligencia, desde donde se veía todo ese mundo veraniego, caldeado por el sol de la tarde apaciguado.

En el patio crecía una hierba casual, en un rincón había un arca para la basura, más allá se encontraba un viejo cobertizo de madera, y junto a él vivía un manzano antiguo y solitario, sin cuidado alguno del hombre. Junto al árbol había una enorme piedra natural, de unos cien *puds*¹, traída no se sabía de dónde, y más allá, hincada en la tierra, una rueda de hierro de un locomóvil del siglo XIX.

El patio estaba desierto. El joven se sentó en un escalón del cobertizo y se concentró. En la oficina del

¹ *Pud*: antigua medida de peso equivalente a 16 kg.

instituto había recibido un certificado de haber finalizado sus estudios, el título se lo mandarían por correo más tarde. Ya no volvería más aquí. En su fuero interno se despedía de todos los objetos muertos que había allí. Algún día también se volverían vivos, solos o por intermedio del hombre. Recorrió todos los objetos inútiles del patio y los tocó con la mano; no sabía por qué, pero le apetecía que los objetos lo recordaran y lo quisieran. Aunque él mismo no creía en eso. Por sus recuerdos infantiles sabía que después de una larga separación resultaba triste y extraño ver un lugar conocido: estás todavía ligado a él con tu corazón, pero los objetos inmóviles ya se han olvidado de ti y no te reconocen, como si hubieran tenido sin ti una vida feliz llena de actividad, y tú estabas solo con tu sentimiento, y ahora estás delante de ellos como un ser mísero y desconocido.

Detrás del cobertizo crecía un viejo jardín. Ahora estaban colocando allí las mesas, hacían una instalación de luz provisional y lo decoraban. El director del instituto había fijado para aquella noche la fiesta de la segunda promoción de economistas e ingenieros soviéticos. Desde el patio del instituto, Nazar Chagatáyev fue a la residencia para descansar y cambiarse de ropa antes de la fiesta. Se tumbó en la cama y se durmió sin querer, con esa sensación de repentina felicidad corporal que existe solo en la juventud.

Más tarde, durante la tarde oscura, Chagatáyev fue de nuevo al jardín del Instituto de Economía. Se había

puesto su traje gris, el bueno, conservado durante los largos años de estudio, y se había afeitado delante de un espejito femenino de mano. Todos sus bienes estaban debajo de la almohada y en la mesilla de noche, junto a la cama. Al marcharse a la fiesta, Chagatáyev miró con pena la oscuridad del interior de su armario, que pronto lo olvidaría, y el olor de la ropa y el cuerpo de Chagatáyev desaparecerían para siempre de aquel cajón de madera.

En la residencia vivían estudiantes de otros institutos, por eso Chagatáyev fue a la fiesta solo. En el jardín tocaba una orquesta, invitada expresamente de un cinematógrafo; habían colocado las mesas en una larga fila, y por encima estaban encendidas lámparas reflectoras, colgadas entre los árboles por los electricistas. La noche vacía de verano se elevaba por encima de las cabezas de los asistentes a la fiesta, reunidos para su celebración, su último encuentro, y todo el encanto de aquella noche estaba en el espacio cálido y abierto, en el silencio del cielo y de las plantas.

Sonaba la música. Los jóvenes que habían terminado el instituto se sentaban junto a las mesas, dispuestos a desperdigarse por la tierra que les rodeaba para organizar allí su felicidad. El violín del músico se desvanecía de vez en cuando como una voz alejada y languideciente. Le parecía a Chagatáyev que era un hombre que lloraba más allá del horizonte, a lo mejor en aquel país, desconocido para todos, donde él había nacido hacía tiempo y donde vivía o había muerto su madre.

—¡Gulchatái! —dijo en voz alta.

—¿Qué es eso? —preguntó su vecina tecnóloga.

—Nada. No significa nada —explicó Chagatáyev—. Gulchatái es mi madre, una flor de montaña. Las personas reciben sus nombres cuando son pequeñas y se parecen a todo lo bueno...

El violín volvió a tocar, su voz no solo se quejaba, sino que llamaba a marcharse y no volver, porque la música siempre toca a la victoria, hasta cuando es triste. Pronto empezaron el baile y los juegos, la fiesta normal de la juventud. Chagatáyev observaba a la gente y la naturaleza nocturna; todavía le quedaba mucho tiempo para estar allí, tal vez una eternidad, para luchar con el tormento, para trabajar y ser feliz.

Enfrente de Chagatáyev se sentaba una mujer joven y desconocida, sus ojos brillaban con una luz negra, el vestido azul, cerrado hasta la barbilla, como el de una vieja, le daba un aspecto incómodo y enternecedor. No bailaba, acaso le daba vergüenza o no sabía, y miraba a Chagatáyev con arrebató. Le gustaba el rostro moreno de Chagatáyev con sus ojos puros y estrechos, que la miraban fijamente, bondadosos y taciturnos; su ancho pecho que ocultaba un corazón con sentimientos secretos y la boca blanda y débil, capaz de llorar y reírse. Ella no ocultaba su simpatía y le sonrió; Chagatáyev no le respondió. La alegría general aumentaba a cada momento. Los estudiantes —economistas, planificadores e ingenieros— cogían las flores de la mesa, arrancaban la hierba del jardín y hacían regalos a sus amigas o directamente tiraban

las plantas sobre sus cabellos espesos. Luego apareció el confeti, y también se sumó a la tarea del placer. La mujer que había estado enfrente de Chagatáyev había desaparecido: estaba bailando en un camino del jardín, cubierta de papelitos multicolores, y parecía contenta.

Las otras mujeres que quedaban alrededor de la mesa también estaban felices por la atención de sus amigos, por la naturaleza que las rodeaba y por el presentimiento de su futuro, semejante a la inmortalidad en duración y esperanza. Solamente una de ellas no tenía flores ni confetis en la cabeza; nadie se inclinaba sobre ella para decirle palabras graciosas y sonreía tristemente, tratando de demostrar que también tomaba parte en la animación general y que se sentía bien y estaba contenta. Su cara parecía una cabeza de yegua y estaba cubierta de grandes abscesos empolvados, como si la fuerza de su juventud no cupiera en el corazón y hubiera salido al exterior, tenía unos ojos melancólicos y pacientes, como los de un animal de carga grande. A veces miraba atentamente a su alrededor y, convencida de que nadie la necesitaba, recogía rápidamente de las sillas de sus vecinos las flores caídas y los papelitos de colores y los guardaba sin que la vieran. Chagatáyev se dio cuenta de lo que hacía, pero no podía comprenderlo; ya estaba cansado del largo y monótono festejo y quería marcharse. La mujer que recogía las flores que los demás dejaban caer también se había marchado; la tarde estaba terminando, las estrellas se hicieron grandes, empezaba la noche. Chagatáyev se

levantó y se despidió de los compañeros más próximos; tardaría mucho en volver a verlos.

Chagatáyev pasó junto a los árboles y vio a la mujer con cara de caballo escondida en la sombra; ella no lo veía, estaba colocándose en el pelo flores y cintas, luego salió de nuevo hacia la mesa iluminada. Chagatáyev quiso volver; tenía ganas de poner patas arriba todas las mesas, de tirar los árboles y hacer que terminara la alegría que provocaba aquellas pobres lágrimas, pero la mujer ya estaba feliz con una rosa en el cabello oscuro, aunque aún con los ojos llorosos. Chagatáyev se quedó en el jardín, se acercó a ella y él mismo se presentó; ella resultó ser de la promoción de la Facultad de Química. La invitó a bailar, aunque él mismo no sabía, pero ella bailaba muy bien y lo llevaba siguiendo el ritmo. Pronto se le secaron los ojos, parecía más hermosa, y el cuerpo, acostumbrado a una timidez huraña, se arrimaba a él confiado, lleno de virginidad tardía, oliendo a un calor bondadoso como el pan. Chagatáyev se abandonó junto a ella; el sueño y la felicidad emanaban de esa mujer extraña y pasajera que seguramente nunca volvería a ver; así a menudo vive a nuestro lado una dicha invisible.

La fiesta y la animación duraron hasta que clareó el cielo; luego el jardín quedó desierto, quedaron solo los enseres muertos; todos se fueron. Chagatáyev y su nueva amiga, Vera, echaron a andar por Moscú, iluminada por el amanecer. El forastero Chagatáyev amaba esta ciudad como si fuera suya y estaba agradecido por

haber vivido allí, por haber conocido la ciencia y haber comido mucho pan sin que se lo reprocharan. Miró a su acompañante; su cara parecía más hermosa a la luz del sol que se levantaba a lo lejos.

Pasó el tiempo, el cielo se hizo alto y limpio, el intenso sol enviaba sin cesar a la tierra su riqueza: la luz. Vera estaba callada. Chagatáyev la miraba de vez en cuando y se extrañaba de que todos la encontrasen fea, cuando incluso su silencio modesto recordaba la calma de la hierba, la fidelidad de un amigo de siempre. Solo desde lejos era posible odiarla, negar o ser en general indiferente hacia su persona. Pero cuando Chagatáyev vio de cerca las arrugas de cansancio en sus mejillas, la expresión de la cara que ocultaba sus deseos, los ojos guardados por los párpados, los labios hinchados, toda la inspiración misteriosa de esa mujer, oculta en su materia viva, toda la creación bondadosa y fuerte de su cuerpo, sintió timidez por la ternura que sentía hacia ella y no fue capaz de hacer nada en su contra, y hasta le dio vergüenza pensar si era guapa o no. Ser su enemigo solo se podía en la lejana mente, con los ojos cerrados para siempre.

—Estoy cansada, no hemos dormido nada —dijo Vera—, vamos a despedirnos.

—No importa —contestó Chagatáyev—. Pronto me voy a marchar de aquí, vamos a estar juntos un poco más.

Anduvieron juntos un rato, atravesaron largas calles y se detuvieron en un lugar.

—Aquí vivo —Vera señaló una nueva vivienda grande.

—Vamos a su casa. Usted se acostará a descansar y yo me quedaré un rato a su lado y luego me marcharé.

Vera estaba azorada.

—Bueno —dijo ella y condujo al invitado.

Tenía una habitación grande, con muebles corrientes y menudos, propios de una muchacha, pero esta habitación era triste, llena de cortinas echadas, deprimente y casi vacía.

Vera se quitó el abrigo de verano y Chagatáyev vio que era más gruesa de lo que parecía. Luego Vera se puso a revolver en los rincones caseros para darle algo al invitado, y Chagatáyev se quedó mirando un antiguo cuadro doble que colgaba encima de la cama de la chica. El cuadro representaba una ilusión cuando la Tierra se creía plana y el cielo cercano. Un hombre grande se había puesto de pie en la Tierra, había atravesado con la cabeza la cúpula celeste y se había asomado hasta los hombros más allá del cielo, dentro del extraño infinito de aquel tiempo, y se había quedado mirándolo. Llevaba tanto tiempo estudiando el espacio desconocido y ajeno que había olvidado el resto de su cuerpo, que estaba más abajo del cielo corriente. La segunda mitad del cuadro representaba la misma escena, pero en otro estado. El cuerpo del hombre estaba demacrado, agotado y seguramente muerto, y la cabeza seca había rodado al otro mundo por la superficie superior del cielo, que parecía una palangana de hojalata. Era la cabeza del

buscador de un infinito nuevo, donde realmente no hay fin y desde donde no hay regreso al mezuquino y plano lugar de la Tierra.

Pero todo perdió su encanto y su interés para Chagatáyev, como para un enfermo. Con el corazón muriéndose encogido abrazó a Vera, que estaba inclinada junto a él en sus tareas domésticas, y la atrajo hacia sí con fuerza y cuidado, como queriendo arrimarse a ella lo más cerca posible para entrar en calor y calmarse. Vera lo comprendió enseguida y no se apartó. Se enderezó, apoyó la cabeza de Chagatáyev más abajo de la suya y se puso a acariciar su cabello negro y duro, mirando a otro lado, apartando la cara, pero sus lágrimas caían de vez en cuando en la cabeza de Chagatáyev y allí se secaban. Vera lloraba en silencio, solo con lágrimas que le caían de los ojos, procurando no cambiar la expresión de la cara para no sollozar.

Chagatáyev la oyó, pero le daba igual lo que estaba ocurriendo, pues ya no era capaz de ayudar a nadie.

—Estoy embarazada —dijo.

—No importa —contestó Chagatáyev, perdonándole todo, valiente en su corazón como un condenado a muerte.

—No —decía Vera con tristeza, tapándose con la manga para secar las lágrimas y ocultar su cara mal parecida que recordaba hasta en sueños—. No, no puedo hacer nada.

Chagatáyev la soltó. No necesitaba consolarse necesariamente con un placer rabioso con Vera para tener la felicidad. Le bastaba estar cerca de ella, sujetarla de

la mano y preguntarle por qué lloraba, de pena o por una ofensa.

—Hace poco se murió mi marido —dijo Vera—. Usted sabe lo difícil que es olvidar a un muerto. Cuando nazca el niño no verá a su padre, y una madre sola no le será suficiente, ¿no le parece?

—Es verdad, no es suficiente —contestó Chagatáyev—. Yo seré el padre.

La abrazó y se durmieron a la luz clara del día, y el ruido de Moscú en construcción, la perforación de las profundidades, las peleas de la población en el transporte público, todo había callado en sus oídos; estaban cogidos de las manos y cada uno oía en sueños la respiración suave y dócil del otro.

Por la tarde, un poco antes de que terminara el trabajo en las oficinas, se casaron en el registro civil más cercano. Estaban de pie entre dos ramos de flores; el jefe del registro pronunció un breve discurso de enhorabuena, les propuso que se dieran un beso como señal de fidelidad eterna y les aconsejó que tuvieran muchos hijos para que la generación revolucionaria se extendiera hasta la eternidad. Chagatáyev besó a Vera dos veces y se despidió amistosamente del jefe del registro, pensando que no estaría mal que el jefe también le diera un beso a Vera y no se limitara a lo oficialmente imprescindible.

Desde entonces Chagatáyev iba todas las tardes a casa de Vera, cuando ella ya lo estaba esperando y se alegraba de su llegada. Se abrazaban en seguida y Chagatáyev la

trataba con muchísimo cuidado, guardando al hijo del padre que había muerto. Luego iban a pasear por las calles cogidos del brazo, estudiaban todos los escaparates como si pensarán comprar muchas cosas, miraban al cielo donde se desarrollaban sus propios acontecimientos y no olvidaban nada de lo que pasaba todos los días a su alrededor, como si en época de amor el corazón tuviera tanto peso que hubiera que distraerlo con pequeñeces continuamente para que no sintiera su trabajo.

Pero Chagatáyev todavía no era el marido auténtico de Vera; con temor y ternura ella lo rechazaba siempre, para no ofenderlo y no entregarse a él. Se diría que tenía miedo de que la pasión matara su pobre consuelo, que había aparecido inesperada y extrañamente; o simplemente era una picardía, calculada y prudente, para que la ternura de su marido no se enfriara nunca y ella la disfrutara con seguridad y durante mucho tiempo. Pero Chagatáyev no podía soportar que su sentimiento hacia Vera fuera solamente un apego espiritual e inhumano, y un día se echó a llorar encima de ella, cuando Vera estaba acostada, aparentemente débil, pero sonriente e invencible. Chagatáyev no sabía aguantar la fuerza de su propia vida, conocía la inocencia y bondad de Vera y le ofendía la inaccesibilidad ajena, y perdía la memoria y la razón. Ya de pequeño, pateaba la tierra con sus pies descalzos, derramaba lágrimas de una furia inconsolable y amenazaba a los transeúntes cuando veía comida tras un cristal grueso sin poder comerla al instante.